



*Pues bien, el propio Señor les da un signo:
La virgen está embarazada y dará a luz un hijo, a quien pondrán por nombre Emmanuel
(Dios-con-nosotros).
Is 7,14.*

*Este es el signo que Dios ha puesto en medio de nuestra tierra,
primero como una promesa,
cantada y proclamada en antiguos salmos y profecías,
y luego como una realidad,
en la mirada pura del Niño que nace entre los animales del pesebre.
Esta realidad del "Dios-con-nosotros"
es lo que celebramos la noche de Navidad,
en la que todo el mundo, cada rincón, cada casa,
cada familia y cada corazón, está llamado a acoger este signo.
El signo definitivo del poder de Dios,
de un Dios todopoderoso, que hizo el cielo y la tierra
y que es, al mismo tiempo, humilde, frágil, pequeño,
no consideró como presa codiciable
el ser igual a Dios (Fil 2,6),
y destroza así nuestras categorías de poder, ambición, violencia e injusticia.
Un Dios que desde la humildad nos enseña lo que significa ser grandes
y que desde la pobreza nos enseña la verdadera gloria:
la que, junto al asno y al burro, en aquella fría noche de diciembre,
cantaron los ángeles del cielo:
Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres en los que Él se complace.
No la gloria de los reflectores,
de la fama narcótica de los influencers de las redes sociales
de los honores, dineros y promesas de este mundo
o del pavoneo orgulloso de las propias capacidades.*

Un Niño
que pide nuestro amor como un mendigo,
como lo hará de grande, en las páginas del Evangelio:
siempre invitando, perdonando, acogiendo,
llamando a la conversión, bendiciendo y sanando.
Que se entristece ante el corazón de piedra, que no quiere cambiar de vida
y se alegra con los ángeles del Cielo, cuando un pecador se arrepiente
y abre de par en par su corazón a la fiesta del Reino y a la vida nueva.

Un Niño que hoy
ilumina los pasillos de los hospitales,
consuela a los médicos, enfermeros y paramédicos
en medio de la lucha por la vida;
que pasa las horas en silencio junto a los enfermos de COVID-19
lejanos a la vida, a los afectos y a los abrazos,
y que mueren en la soledad de los hombres,
en la ausencia de los sacramentos de la vida eterna
detrás de una barrera sanitaria.

Un Niño con su Madre amenazados
por las ideologías que, como el Herodes de ayer,
amenazan a tantos niños que sueñan con florecer a la vida
desde el vientre de sus madres
en nombre de una falsa libertad.

Un Niño que vive el temor
en la incertidumbre de la huida a Egipto
unido a nuestras incertidumbres de cada día,
en el trabajo, en la familia y en el estudio,
porque este año se nos han desvanecido
tantas cosas que dábamos por descontadas.

Un Niño-Amor que no es amado
en cientos de corazones creyentes
que no Lo acogen en sus días,
no Lo visitan en el Sagrario de toda Iglesia,
pesebre perenne de Su Presencia Real
y ya no creen que es importante
recibirlo en Su Cuerpo y Su Sangre
o reconciliarse con Él
en el Sacramento del Perdón que Él mismo dejó.

Un Amor que no es amado
en cientos de pobres que han quedado sin trabajo
a quienes no llegará ninguna ayuda
o no podrán retirar al menos algo de sus ahorros.

Un Niño que sigue esperando en un Pesebre,
en la ternura de lo que realmente cuenta:
el amor de los padres, de la familia,
y en la compañía de quienes tienen ojos para ver
que, junto al asno, al buey y las ovejas
palpita el Corazón Sagrado del Dios-con-nosotros
esperando que nuestro propio corazón,
nuestra propia casa,
sea un pesebre para acogerlo, cada día, sin fin.

¿Qué te daremos, Jesús Niño, esta Navidad?
Esperamos recibir tantos regalos de parte Tuya
mientras Tú te haces Niño
para recordarnos que lo más importante
es darnos a Ti, ser nosotros un regalo para Ti,
durante toda nuestra vida.
Sólo así podremos cantar
en espíritu y en verdad,
la gloria tuya, junto a tus ángeles
y la paz en la tierra será paz en nuestros corazones
porque Tú reinarás en cada uno de nosotros, nuestro Dios-con-nosotros.

Feliz Navidad a toda la familia agustiniana.

P. José Ignacio Busta R., o.s.a.

Prior Provincial
Agustinos de Chile